LA MUERTE

Tragedia final o comienzo de la vida

P. Ramiro Sáenz .

LA MUERTE
Tragedia final o comienzo de la vida

Pbro Ramiro Saenz

Si sólo consultáramos a la biología o a la medicina, nos dirían que la muerte de un ser viviente es algo "natural". Con todo, por poco que reflexionemos eso no nos satisface. ¿No viene la muerte a frustrar el anhelo de felicidad? ¿No acaba ella con todo? ¿No arranca a los seres queridos? ¿No es insensible al dejar huérfanos, abandonados? ¿Quién toma esa decisión que el hombre no domina ni prevé? Los antiguos solían significar la muerte como un esqueleto con una guadaña, expresando su imperturbable siega de vidas humanas.

Aunque hayamos visto morir muchas personas, nuestra experiencia de la muerte suele comenzar por la perdida de un ser querido. La certeza de que no gozaré más de esa presencia. Esa ausencia que se hace sentir en todos los momentos y especialmente con sus recuerdos. Nadie ha expresado esto como San Agustín cuando murió un gran amigo suyo:

"*¡Con qué dolor se entenebreció mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí. Mi pueblo me era un suplicio y la casa paterna un tormento insufrible, y cuanto había compartido con él se me volvía sin él un crudelísimo suplicio. Buscábanle por todas partes mis ojos y no lo hallaban. Y llegué a odiar todas las cosas porque no le tenían ni podían decirme ya como antes, cuando volvía después de una ausencia: 'ya está de vuelta' ... Sólo el llanto me era dulce y ocupaba el lugar de mi amigo en las delicias de mi corazón... Mas no sé que afecto había nacido en mí,... porque sentía un grandísimo tedio de vivir y al mismo tiempo tenía miedo de morir. Creo que cuanto más amaba yo al amigo, tanto más odiaba y temía la muerte, como a un crudelísimo enemigo que me lo había arrebatado, y pensaba que ella acabaría de repente con todos los hombres, pues había podido acabar con aquél... Maravillábame que viviesen los demás mortales por haber muerto aquel a quien yo había amado como si nunca hubiese de morir; y más me maravillaba aún de que, habiendo muerto él, viviera yo, que era otro él... Porque yo sentí que 'mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos', y por eso me causaba horror la vida, porque no quería vivir a medias, y al mismo tiempo temía mucho morir...*"[1]

Es también una certeza universal que tocará a todos. Que con ella perderemos "*todos los bienes*", como decía Aristóteles. ¿Qué impacto tiene este hecho en nuestra vida? Por ser algo universal, ¿nos es por ello tan natural como una simple enfermedad? ¿Podemos ser indiferentes a ella por el simple hecho de saber que pertenece a nuestra condición humana? ¿Tiene alguna repercusión en nuestra vida? Si la inclinación a la felicidad perpetua es irrenunciable, ¿no viene a frustrarla la sombra de la muerte?

Tan acuciantes son estas preguntas que han terminado por influir en la misma concepción de la naturaleza del hombre, en la antropología. Más en concreto, en la relación del "cuerpo" y el "alma", en el valor mismo de la vida, en el sentido de esa inclinación acuciante al ser y a la felicidad, a la misma existencia humana. El primer

[1] *Confesiones*, IV, 4-5-6.

interrogante del hombre es por su propia felicidad; luego viene la pregunta sobre el hombre.

Es inevitable que estas preguntas se nos planteen y es inevitable que busquemos una respuesta.

I- Impacto de la muerte en la historia

Tanto ha acosado a los antiguos este acontecimiento que se ha llegado a afirmar que fue uno de los estímulos del filosofar. Para Cicerón la filosofía no es más que una *commentatio mortis*, un reflexionar sobre la muerte[2]. En otro filósofo antiguo, Epicteto, se encuentra: "*Deja a otros que se dediquen a estudiar cosas del derecho, a la poesía o a hacer silogismos. Tú dedícate a aprender a morir*"[3]. Lo mismo ha ocurrido con las corrientes existencialistas nacidas luego de la primera guerra mundial. Mas no era sólo un invitación para el pensamiento sino que despertaba en los antiguos un discreto temor a los muertos a los que invocaba o conjuraban con toda clase de ritos. En último término, estas preocupaciones nacen de la profunda ignorancia sobre el hombre y el más allá.

1- Los intentos de respuesta

Obviamente el problema debe resolverse. Esto dará lugar a diversas soluciones ensayadas por los antiguos y los modernos.

La primera es resolver el tema con un **simple juego dialéctico, de palabras**, eludiendo el compromiso de responder. Como Epicuro, para quien el problema simplemente no existe, pues, dirá, "*La muerte es algo que no nos afecta, porque mientras vivimos, no está; y cuando la muerte esté, no estaremos nosotros*"[4]. El argumento ha sido repetido modernamente por el neomarxista Ernst Bloch, aunque no por ello es más convincente. García Márquez, preguntado sobre el tema respondió frívolamente: "*Lo único que me aflige de la muerte es que no podré escribir sobre ella*".

La segunda consiste en **restarle importancia**, no considerarla nada serio, pues la misma realidad no es sino apariencia, el cuerpo un envoltorio fastidioso, una cárcel. La verdadera realidad es el núcleo central del sujeto, el espíritu, que siempre queda a salvo. La muerte es algo poco inquietante o incluso una verdadera liberación. Para Kant es el paso a una más perfecta y feliz existencia, en que el alma "*es elevada de una vida imperfecta y sensitiva, a otra más perfecta, permanente y espiritual*". J.G.Fichte se planta con agresividad: "*Eso que se llama muerte... no puede interrumpir mi obra...Yo me he adueñado de mi inmortalidad... Soy eterno y me resisto a vuestro poder. Destrozad el último grano de polvo de este cuerpo que yo llamo mío: sola mi voluntad..., arriesgada y serena, flotará sobre los escombros del universo*"[5]. Algunos agregarán que el alma vuelve a encarnarse para protagonizar de nuevo una historia personal con un final feliz, ya que concluye en la incorporación definitiva a la divinidad. Esta solución aparece en la filosofía platónica y otras antiguas y actuales corrientes orientales, hoy de gran moda, especialmente actualizada por la *New Age*.

La tercera trata de resolver el drama **restando importancia al individuo** para ponerlo en la especie humana. Sería también tesis del marxismo, para quienes "*la conciencia de clase es el antídoto contra la muerte*", como afirma E. Bloch. O las tesis

---

[2] T*usculanae Disputationes* I, 75.

[3] *Coloquios*, II, 1; 36.

[4] En Diógenes Laercio, X, 124.

[5] Citas tomadas de J.Pieper, *Muerte e inmortalidad*, Herder, Barcelona 1970, p. 172-3.

de cierto evolucionismo cósmico, como el de Teilhard de Chardin, para la cual la muerte es un simple "*engranaje esencial del mecanismo de ascensión de la vida*"[6].

La cuarta es la de aquellos que consideran al **hombre un simple animal superior**, en la sola dimensión corpórea, mero material biológico. La muerte será entonces un proceso natural que no hay que lamentar, una simple disolución de la materia orgánica. Se podrían incluir aquí las corrientes materialistas.

La quinta considera que la misma **existencia es un absurdo**, un contrasentido, un mal, y su aniquilación lo mejor y más lógico. Shopenauer dirá que "*con la muerte dejas de ser algo, que mejor hubiera sido no haber empezado a serlo"; "en el fondo somos algo que no debería ser; por eso cesamos de serlo un día*". En el mismo sentido está J.P.Sartre para quién el hombre "*es una pasión inútil*", y por lo tanto "*absurdo es hayamos nacido, absurdo es que muramos*"[7]. Esta actitud nihilista está expresada ingeniosamente por J.L. Borges: "*Lego la nada a nadie*".

La sexta es la clásica de los **estoicos**. Consideraban fríamente que como la muerte era un hecho inevitable, había que darle una "*buena acogida*", pues eres "*un alma que sustenta un cadáver*"[8]. **Actitud resignada** y realista, vano heroísmo o desesperada valentía. No podía más que proponer una preparación psicológica. En una expresión más extrema podemos incluir algunos existencialismos, como el de Heidegger, que quieren hacer de la muerte el supremo acto de libertad, asumiéndola libremente, con una "*firme decisión de hacerse libre para la muerte que le ha sido dada como una heredad, pero también como una posibilidad libremente elegida*"[9]. No acepta, le rebela el hecho de que uno "*se muera*".

La séptima es de carácter reciente. Se trata en la confianza, basada en un grueso error antropológico, de que el "potencial humano", mediante determinados ejercicios, es capaz de **superar la muerte**. Esta opinión ha surgido en el humus de la *New Age* y ha dado origen a grupos "inmortalistas".

En realidad ninguna de todas estas soluciones logra ser perfectamente coherente con la naturaleza real del hombre y sus exigencias. Por ello jamás serán satisfactorias. Se les escapa algo que descontrola la solución. Se ignora la muerte, se la elude o enfrenta con un coraje obligado o ficticio, pero no se resuelve el problema de su existencia en la vida del hombre, siendo una realidad tan íntima e inevitablemente ligada a la condición humana. Más aún, se percibe una protesta y una rebeldía ante la muerte que termina en rebelión contra la misma creación. En último término, el hombre no se resigna a ser una creatura limitada y responsable de una culpa ante alguien superior. El pensamiento moderno, nacido del racionalismo soberbio y rebelde a Dios, se resiste a pagar esa deuda que no reconoce en absoluto. Sin embargo debe pagarla a regañadientes. Observaba agudamente Romano Guardini que "*apenas hay otro fenómeno fundamental de la existencia acerca del cual se falte tanto y tan obstinadamente a la verdad como en el caso de la muerte*"[10]. En el fondo, si el estoicismo se rendía ante lo inevitable y trataba de aceptarla con resignación, el existencialismo en un gesto nada natural ni sincero dice: "*No me aflige la pena porque voluntariamente la elijo*". Me recuerda ese joven a quien en un campamento se le impuso el castigo de no comer. "No tengo hambre", comentó.

---

[6] Citados por J.Pieper, op. cit. p. 117.

[7] *L'Être et le Néant*, París 1949, p. 631.

[8] Marco Aurelio, *Pensamientos*, IX, 3. 1 y *Soliloquia*, IV, 41.

[9] De *Sein und Zeit*, citado por Josef Pieper, op.cit., p. 120.

[10] *La existencia del cristiano*, BAC, Madrid 1997, p. 144.

2- La "cultura de la muerte"

Hoy ha aparecido un fenómeno histórico inédito del que no se encuentran sino insinuaciones en el mundo pagano. Es el que Juan Pablo II ha llamado "*Cultura de la muerte*". Se trata de toda una serie de manifestaciones de muerte (aborto, eutanasia, anticoncepción, terrorismo, guerras) que han tomado una dimensión universal a la vez que se han hecho "cultura". Más que una serie de fenómenos semejantes y paralelos que podemos relacionar, se advierte claramente que proceden de un verdadero "espíritu" común. Se ha hecho manifiesto incluso en el arte (muy particularmente en la música Rock), en los sistemas filosóficos o ideológicos. Pero todos estas expresiones no son sino signos de una muerte más profunda que es la del alma que se han hecho cultura, expresión social. Efecto de aquella vida separada de Dios, del Espíritu Santo, y vuelta toda ella a las cosas de la tierra, a las cosas de la carne, y "*Las tendencias de la carne son muerte*" (Rm 8.7). El síntoma es bastante elocuente, y no hace falta mucha perspicacia para hacer un diagnóstico más hondo. Es la manifestación del "*príncipe de este mundo*" (Jn 16.11), a quien San Pablo llama "*dominus mortis*"(Heb 2. 14). Trasunto e incoación de la muerte más profunda que puede afectar al hombre, la "*muerte segunda*", como la llama la escritura, la "*muerte eterna*".

II- La luz de la Revelación cristiana

Un cristiano puede decir tranquilamente: "*Desde el instante en que comenzamos a existir en este cuerpo mortal, nunca dejamos de tender hacia la muerte... Esta vida no es más que una carrera hacia la muerte (cursus ad mortem)*". La frase es de San Agustín[11] y podría asumirla, con su cuota de desesperación un existencialista. Pero el santo tenía certezas que invertían la conclusión, como veremos.

Sabemos que Cristo ha venido al mundo como "*Maestro*"(Jn 3.2), a "*dar testimonio de la verdad*"(Jn 18.37). La Luz Divina que ha irrumpido en la historia ha cambiado el curso de la humanidad. "*Erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor*"(Ef 5.8), exclama el Apóstol de los paganos. Con su enseñanza se clarifican todos los interrogantes más acuciantes del hombre. Ha descorrido el velo de muchos misterios que los pueblos gentiles apenas entrevieron. Entre otros, la muerte. ¿Cuáles han sido esos aportes a la humanidad?

1- Las grandes novedades

La primera es la fuente de todas las otras certezas: **Cristo ha vencido la muerte** asumiéndola libremente. Ha asumido un cuerpo y un cuerpo mortal. No la ha eludido, ni la ha enfrentado al modo de un estoico que se prepara psicológicamente a ella, ni menos como un existencialista. Con la ofrenda de su muerte ha devuelto la vida a la humanidad. Vida que primero se manifiesta en él y desde él como una fuente fluye a los miembros. Vida del alma por el perdón de los pecados (justificación) y vida del cuerpo por la resurrección. Así lo contempló San Juan, desbordando la vida hacia su cuerpo: "*De su plenitud todos hemos recibido*" (1.16). Lo mismo San Pablo, que repetirá machaconamente al agonizante mundo pagano: "*Así como todos mueren en Adán, así también todos revivirán en Cristo, cada uno según el orden que le corresponde: Cristo, el primero de todos, luego aquellos que estén unidos a él*". Este es el fundamento más firme de la esperanza y alegría cristiana, confianza fundada en la palabra del Señor e incluso experimentada en los encuentros dominicales con Cristo Resucitado. Confianza que inspirará a los cristianos toda clase de heroísmos, pues "*los sufrimientos del tiempo*

---

[11] *De civitate Dei*, XIII, 10.

presente no pueden compararse con la gloria futura" (Rm 8.18). Sabemos que todo lo que el mundo puede arrebatarnos, incluso la vida, no lo hace temible. Un día "*lo que es corruptible se revestirá de incorruptibilidad y lo que es mortal, se revestirá de inmortalidad*" (1 Cor 15.54). Contemplando este misterio, exclamará desafiante el Apóstol: "*¿Donde está oh muerte tu victoria, dónde está tu aguijón?*" (1 Cor. 15.55). Pues la muerte no se vence con un discurso retórico sino con algo real, la vida.

La segunda es la posibilidad de **incorporarse a Cristo resucitado** ya en esta vida. Esta unión misteriosa se realiza de una manera especial por el bautismo. San Pablo lo expresa en un espléndido texto de la carta a los Romanos: "*Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva*"(6.4). Es decir, este sacramento nos incorpora realmente a su resurrección; del alma, ante todo y luego del cuerpo. Ambas cosas están concebidas en unidad y orden, sin oponerse. Santo Tomás precisa que el bautismo "*tiene eficacia para destruir las penalidades de la vida presente (la muerte, el hambre, la sed) pero ahora no las hace desaparecer, sino que por su fuerza serán quitadas de los justos el día de la resurrección*"[12]. Ese paréntesis de separación, que en Cristo duró el sábado, en nosotros se prolonga hasta el fin de los tiempos.

Pero más aún nos unimos a Cristo resucitado por la Eucaristía. Esta nos da la vida en su plenitud, pues contiene al autor mismo de la Vida. Por ello en el discurso del "*Pan de vida*" dice tajantemente a los judíos: "*El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día*" (Jn 6. 54). De nuevo, a través de su Cuerpo Eucarístico concede la vida nueva al alma que aguarda el fin de los tiempos para participarla también en su cuerpo. Todo el hombre recibe a Cristo y todo el hombre participará de su vida. No en vano es el último sacramento que se recibe como un anticipo y prenda de vida con el nombre de *viático*.

Un sacramento especial, la unción de los enfermos, protege y fortalece los últimos momentos, haciendo de la agonía y la muerte un acto sacramental. El antiquísimo ritual de la Iglesia extrema en esos momentos el cuidado de sus hijos que sienten como nunca la debilidad de la carne. La Iglesia, prolongación de Cristo vivo, se acerca al lecho del enfermo como el Buen Pastor que ampara a sus ovejas.

Todo el dinamismo de la vida cristiana, que brota de la gracia, culmina y se centra en la unión a Dios por la vida teologal. En efecto, por la fe tenemos un primer contacto real con Dios Trino, pues "*es necesario que quien se acerque a Dios, crea*" (Heb 11, 6). La culminación de esa unión se da por la caridad, "*vínculo de perfección*" (Col 3, 14).

La tercera, implícita en la anterior, es la convicción de que el **cuerpo** que nos acompañó toda la vida ha sido creado por Dios, es bueno, parte nuestra y ha de retornar a la vida. La condición humana es justamente esa íntima unión, vital, de ambos. ¿Quién puede sentir como extraño este cuerpo? Es profundamente antinatural el concebirlo como algo ajeno que un día he de abandonar gozoso.

La cuarta es que la muerte tiene un carácter **penal**. Es la pena del pecado de origen. "*Polvo eres y al polvo volverás*" (Gen 3. 19); "*Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte* "(Rm 5. 12). Hasta los antiguos griegos conjeturaron que el hombre con su muerte y todo lo que se vincula a ella como es el dolor, la enfermedad, la agonía, eran el pago de una deuda moral. En realidad el efecto más preocupante del pecado no ha sido la muerte física sino la muerte del alma, anticipo de la muerte eterna. De lo cual la muerte del cuerpo no es más que un signo visible y experimentable. Constante testimonio para los siglos de una deuda de la humanidad con

[12] Suma Teológica, III, 69, 3.

su creador.

En consecuencia, un creyente advierte que ese dolor, ese temor tienen un sentido. Sabe que lo malo no es la pena sino el merecerla. El castigo, la pena, en realidad es un bien en tanto que la aceptemos como tal, en un sentido moral, y no en un sentido simplemente psicológico. Ese sentido lo da no la virtud de la fortaleza sino la fe, la esperanza y la caridad.

La quinta viene a completar la anterior. Para un creyente, este sentido expiatorio **purifica** toda la existencia humana y se transforma en un acto **meritorio**. Es decir, de un valor moral y espiritual como tal vez no lo tengan muchos otros de la vida. No es una fatalidad que hemos de padecer y morir sin sentido. Es más bien el acto más decisivo, más solemne, capaz de transfigurar toda una vida. Ofrenda que de alguna manera contiene todos los momentos. ¿No ha sido justamente eso la muerte del buen ladrón? Dios reserva para ese instante gracias especiales. Nosotros mismos, casi sin advertirlo, nos preparamos para ese instante cada vez que rezamos el Ave María y pedimos a nuestra Madre: "*Ruega por nosotros ... ahora y en la hora de nuestra muerte*". No era raro en nuestros antepasados, para quienes la muerte era un elemento de la vida familiar, (y no en la terapia intensiva en manos de la técnica y los técnicos) que cuando se aproximaba la separación se despidieran de los suyos y le dieran los últimos consejos. ¡Qué valor tenían entonces! Nunca más se borrarían. San Agustín recuerda la muerte de su madre y sus últimas reflexiones. Mi abuelo llamó a todos sus hijos, se despidió y dió los últimos consejos. La Iglesia ampara esos momentos con una presencia sagrada, una doble acción de Cristo: los sacramentos de la Unción y de la Eucaristía como viático.

La sexta es la certeza del "**más allá**". Ya no es una incertidumbre, una camino peligroso y desconocido con indigencias incluso materiales de comida y dinero, como pensaban los paganos. Tampoco es la simple prolongación homogénea de la vida de un alma inmortal, como pensaban los racionalistas. Es muchísimo más que eso. Para los justos es un encuentro con alguien que es la fuente de la vida. Es descorrer el velo de la fe para dar lugar a la visión cara a cara con Dios, pues "*le veremos tal cual es*" (1 Jn 3.2). Es el ingreso al "*banquete celestial*", en que se nos dirá "*Entra en el gozo de tu Señor*" (Mt 25.21). Ese tránsito doloroso y misterioso, para un cristiano es el momento en que se pronuncia sobre él aquellas consoladoras palabras: "*Ya viene el esposo, salid a su encuentro*"(Mt 25.6). "*La vida de la vida mortal es la esperanza de la vida inmortal*", nos dice bellamente San Agustín[13]. Por ello los antiguos cristianos acostumbraron llamar a ese día "*dies natalis*" pues es un verdadero nacimiento, ingreso a la Vida. Ello no quita el carácter de doloroso y penoso a los momentos finales, pero quedan transfigurados en el alma creyente. "*¿De qué te sirve correr hacia la muerte*?", le increpa el procónsul romano a Pionio, obispo mártir del siglo III . A lo que éste le responde: "*No hacia la muerte sino hacia le vida*"[14].

La vida del cristiano en la etapa terrena no es pues sino un camino hacia la Vida. Antes del pecado sería un tránsito sin pasar por la muerte. Ahora es pasando por ella. Estrictamente la vocación fundamental del hombre es la misma. La muerte es algo accidental en el conjunto de la vida cristiana Y esa vida futura ya comienza en la tierra a modo de una semilla, germen de inmortalidad, que pedimos constantemente al decir "*Venga a nosotros tu Reino*".

2- La espiritualidad del "homo moriturus"[15]

[13]*En. In Ps.* 103. 3.

[14]Hamman, A., *La vida cotidiana de los primeros cristianos*, Ed. Palabra, Madrid 1985, p. 239.

[15]*Hombre que ha de morir*.

Esta nueva consideración del dolor y la muerte, transfigurada por Cristo, confirió al cristiano un actitud inusitada, un estilo de vida desconcertante para el mundo pero de la más profunda lógica para un bautizado. Novedad absoluta ante un mundo decadente, tanto de ayer como de hoy. ¿Qué le inspiró a su conducta?

Ante todo, la justa apreciación del **valor de las cosas**. Saber que hemos de morir extrema la sinceridad. San Ignacio de Loyola recomendaba para cuando hemos de tomar grandes decisiones y los apegos desordenados pueden hacernos elegir mal, verme "*como si estuviese en el momento de la muerte*"[16]. Entonces, todas aquellas cosas que el "mundo" ofrece, y ofreció satanás a Cristo, pierden su poder de seducción, no aparecen sino como "vanidades". Como dice Dietrich Von Hildebrand, "*desaparece todo lo no esencial*"[17]. Los medievales gustaban de hablar del "*contemptus mundi*", el desprecio del mundo. Además, toda vida, aunque dure cien años, es efímera en contraste con la eternidad; "*como flor que brota y se marchita*" (Job 14.2). Con belleza inspirada nos dice el salmo: "*Hazme saber, oh Dios, mi fin, y cual es la medida de mis días, para que sepa lo frágil que soy*" (39, 4). Recuerdo una entrevista en Buenos Aires al famoso actor y cantante mejicano José Mogica, entonces sacerdote franciscano. El periodista le pregunta por que ha renunciado a los millonarios contratos que tenía, a lo que responde: "*No cambiaría todo el dinero del mundo por vivir una hora sirviendo a Cristo*". A su vez, se hace manifiesto el valor y la trascendencia de las obras buenas. Baste leer las "*Bienaventuranzas*" del Evangelio para saber lo que vale o no vale a los ojos de Dios. Cristo nos indicó incluso que hasta un vaso de agua dado en su nombre no quedaría sin recompensa. En esta justa valoración de lo terreno ante el día de la muerte y el juicio de Dios, la existencia humana adquiere todo su valor, toda su grandeza, contra el sentido frívolo y superficial de la vida. Pues nos movemos entre dos abismos: el "*Venid, benditos de mi Padre a tomar posesión del Reino"* o el "*Apartaos de mi malditos al fuego eterno*" (Mt 25. 34 y 41).

Para el cristiano la muerte ya no es algo temible, sino un tránsito, o mejor dicho, un llamado de Dios, pues es él quien pronuncia el "*Venid*" sobre cada uno de nosotros. Debemos decir más aún: debería ser algo deseado. Así ha sido en los santos. San Ignacio de Antioquía, obispo del siglo II, escribía camino al martirio: "*De nada me servirán los encantos del mundo ni los reinos de la tierra. Mejor es para mí morir para unirme con Cristo Jesús que reinar hasta los confines de la tierra. Busco a Cristo que ha muerto por nosotros, quiero a Cristo que por nosotros ha resucitado. Se aproxima mi nacimiento. Por cierto, os escribo aún en vida, aunque anhelando morir. Mis deseos terrenos han sido crucificados y no queda en mí el menor fuego para que busque alimentarse de materia, sino un agua viva que murmura y desde lo íntimo me dice: ven al Padre*"[18]. Se preguntó a Santa Teresita, ya grave, si estaba resignada a morir, a lo que respondió: "*Resignación hace falta para vivir, no para morir*". Santa Teresa estalla en lirismos y le compone estos versos: "*Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero"*. El cristiano vive siempre de cara a la eternidad, aguardando que se descorra el velo y se vea a Dios cara a cara. La vida es para buscarlo, la muerte, para encontrarlo y la eternidad para gozarlo. En esta cosmovisión, incluso la muerte es algo transitorio, pues se espera la resurrección. El antiguo nombre de "necrópolis", o ciudad de los muertos, fue cambiado por el de "cementerio" en la era cristiana, es decir, "dormitorio", ya que la muerte es fugaz como el sueño (Jn 11.11).

La certeza de la muerte y la incertidumbre del día da al cristiano una cierta

---

[16] *Ejercicios espirituales*, 186.

[17] *Sobre la muerte*, Ed. Encuentro, Madrid 1983, p. 135.

[18] *Carta a los Romanos*, VI-VII.

urgencia de tiempo. Para un hijo de Dios ni hay que “matar el tiempo” ni tampoco “el tiempo es oro”. “*Redimentes tempus*” decía San Pablo (Ef 5. 16), el tiempo corto, el tiempo es Redención. Por su lado, el diablo “*sabe que le queda poco tiempo*” (Ap. 12.12). Es la etapa de la siembra a la espera de la cosecha, son los seis días de trabajo esperando el séptimo del descanso. Saber que en el tiempo donde se gesta la eternidad, hacía decir al Apóstol: “*El amor de Cristo nos apremia*” (2 Cor 5.14). Por ello el cristiano vive en estado de “*vigilia*”, despierto y lúcido en la fe y no dejandose extraviar por las fascinaciones del mundo.

Hay una paradigma en la Iglesia que expresa toda esta mística del cristiano: el **mártir**. En él se muestra de modo supremo el desprecio del mundo e incluso de su propia vida física en pos de un amor supremo. No por simple alarde de valor sino por una promesa de vida. Es el “*testigo*” (eso significa “*mártir*”) de los bienes eternos. Elocuente manifestación de que lo que espera supera todas las promesas de esta vida. Testimonio de la transitoriedad y pequeñez de los bienes de esta vida. Urgencia de la partida hacia la vida y la felicidad. Esta actitud impactó tanto la sociedad antigua, que fue motivo de muchas conversiones. San Justino confiesa que les debe la conversión: “*Al ver cómo iban intrépidamente a la muerte y a todo lo que se tiene por espantoso, me puse a reflexionar ser imposible que tales hombres vivieran en la maldad y el amor a los placeres*”[19].

La Escritura tiene una hermosa y consoladora expresión para designar el final cristiano: “*Felices los que mueren en el Señor, pues sus obras lo acompañan*”(Ap. 14.13). Y más aún aquella del salmo: “*Es preciosa a los ojos del Señor la muerte de los justos*” (116.15). Se pone como ideal el de aquellos que han hecho de toda su vida un anhelo de la muerte, del encuentro con el Señor. Pues la muerte no se improvisa. Se muere como se ha vivido. Toda la vida se convierte así en una constante aurora que espera la plena luz.

Concluyamos con el doble ejemplo contrastante de dos contemporáneos. El primero es del escritor argentino Jorge Luis Borges.

“*Negar la sucesión temporal, negar el yo,*
negar el universo astronómico, son
desesperaciones aparentes y consuelos secretos.
Nuestro destino no es espantoso por irreal,
es espantoso porque es irreversible y de hierro.
El tiempo es la sustancia de que estoy hecho.
El tiempo es un río que me arrebata, pero yo soy el río;
es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre;
es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego.
El mundo desgraciadamente, es real;
yo, desgraciadamente, soy Borges”[20].

El otro es de Santa Faustina Kowalska (+ 1938), religiosa polaca.

“*¡Oh día luminoso y bello en el cual se cumplirán todos mis deseos! ¡Oh día anhelado que serás el último de mi vida! Estoy contenta por el último toque que mi Artista Divino dará a mi alma, que le otorgará una belleza particular... ! ¡Oh gran día en el cual se confirmará el amor de Dios en mí! Me armo de paciencia y espero tu venida, oh Dios misericordioso; y en cuanto a los dolores tremendos y a los temores de la agonía, en aquel momento más que en cualquier otro, confiaré en el abismo de tu*

[19]*Apología II*, 12.

[20]*Otras inquisiciones*, 2, 149.

misericordia y te recordaré, oh misericordiosísimo Jesús y dulce Salvador, todas las promesas que me has hecho"[21].

Son dos actitudes ante la existencia; ambos anhelan huir del tiempo en el que estamos insertos. Uno lo soporta, lo sufre como un peso insoportable y sin sentido, la otra camina sobre él con señorío. Por ello concluyen lo contrario. La diferencia está en la certeza de la existencia de aquel que un día dijo: "*Yo soy la resurrección y la Vida*" (Jn 11.25).

Todos moriremos. Pero desde hace dos siglos hay sólo tres maneras de morir y son las tres cruces del Calvario. Que dicho en un antiguo verso suena así:

Elige una de las cruces que ves en el Calvario,
Elige sabiamente, pues será necesario,
Que sufras como santo o como penitente,
O como los réprobos, sin fin y eternamente.

P. Ramiro Sáenz

[21]*Diario*, II, 250.